

Capítulo 1

En la noche de San Juan.

En la tarde noche del veintitrés de junio del año dos mil dieciséis, una ambulancia se dirige por la carretera norte hacia el Hospital de Ciudad Mistral. El camino pasa por entremedio de multitudes de pinos que forman un espeso bosque, que se oscurece rápidamente, aquella noche de San Juan.

— ¡Más rápido Durán! — Le ordena Eduardo al conductor. Va en la parte trasera junto su aprendiz paramédico, ambos llevan a un joven entre sus manos, mutilado e incomprensiblemente vivo. Al desgraciado le faltan ambas piernas, su brazo izquierdo termina súbitamente en su codo, colgándole de esta manera, la carne en lonjas irregulares, como si le hubieran molido la extremidad hasta arrancársela.

El conductor acelera en lo máximo posible, observando el refulgir de las numerosas hogueras, proveniente de las profundidades del bosque. Hogueras que simbolizan una noche sobrenatural, que mantiene vibrante la conciencia de muchas personas.

Atrás, ambos paramédicos se concentran en aplicar compresas y limpiar lo mayor posible, debido a que gran parte del cuerpo del paciente, está expuesto al exterior. Todo está cubierto de sangre y el piso resbaloso dificulta las metodologías de primeros auxilios. De pronto el monitor deja de recibir los signos vitales.

— ¡Maldita sea Fernando, se muere! — Le dice Eduardo al aprendiz.

— Arriba está el equipó de reanimación ¡Muévete! —.

Fernando acata rápidamente entregándole el desfibrilador, que es aplicado de inmediato generando un enorme impulso que hace estremecer toda la piel colgante del cuerpo mutilado.

— No despiertes Mario, ven conmigo. — Le dice al moribundo una voz serena que parece provenir de muy lejos.

— Estarás mejor aquí, solo descansa. Déjate llevar. Quédate conmigo
— Pero aún en su inconciencia, Mario se acordó de Él, aquel ser que le

vigiló agonizante, hasta el momento de perder la conciencia.

—¡Su corazón ha vuelto a latir!— Dice Fernando y continúan con las técnicas de primeros auxilios.

—¡Llegamos al kilómetro cinco! —Grita Durán desde la cabina —Un poco más y nos libramos de esta noche del demonio-. Durán sigue pensando en las hogueras. Había visto una multitud en su vida, pero no logra entender que motiva a la gente, aparte de la noche, a encender tantas fogatas por todo el recorrido. Comienza a helar más de lo esperado y Durán se imagina lo bien que se sentiría estar cerca del fuego, tranquilo y con un buen vino.

—Señor, mire— Le dice el practicante, apuntando hacia el termómetro posicionado en una esquina. Desconcertados observan, como la temperatura disminuye progresivamente. Diecisiete, diez, siete, tres grados y bajando.

—Como dijo Durán, ojala nos libremos pronto de esta noche del demonio. Primero aquellas personas, luego el chico y ahora esto. En momentos así, me hace pensar que realmente esta noche, el Diablo sal...—.

— ¡Cállese y concéntrese novato!— Le interrumpe súbitamente su superior.

Mientras, en la inconciencia de Mario le susurra otra voz.

—Toma sus vidas Mario—. Esta voz es muy diferente a la que anteriormente habló. Satisface al ser escuchada.

—La de ellos, para conservar la tuya— Continuó. — Tres vidas te darán mucho poder. —Su voz es seductora, cómplice y complaciente. —Juntos lograríamos todo lo que nos propusiéramos—.

—Kilometro cinco— Murmura para sus adentros Durán. << ¿Otra vez?>>. El frio se torna un martirio cuando los muros se comienzan a escarchar y entonces al manipular el volante, comienza igualmente a doler. La temperatura sigue disminuyendo drásticamente llegando números menores a cero grados Celsius. Durán siente como se le adhieren sus dedos al tomar los bordes del manubrio. Vuelve a comprobar por la ventana y ve el kilómetro cinco nuevamente plasmado en otro cartel. <<No tiene sentido>>.

Fue tanto la gelidez que el volante congelado deja de pronto de girar. En su lucha por mover el manubrio, Durán ve por la ventana algo que le deja completamente aterrorizado << Kilometro cuatro>>. En ese lugar hay una pronunciada curva que le es imposible poder maniobrar. Al tratar de

frenar, se da cuenta de que es demasiado tarde.

— ¡Agárrense, nos salimos del camino!— Fue lo único que pudo decir antes de adentrarse al bosque arrasando con malezas, flores y hierbajos, hasta que un incipiente pino se interpone en su camino, para detener al ras todo aquel escándalo.

—Es el momento— Menciona aquella voz, maligna y amigable —Escogiste vivir—.

Mario abre los ojos sin saber dónde se encuentra. Escucha los alaridos de alguien cerca, pero solo logra ver el techo blanquecino manchado de sangre y un mueble con varios insumos médicos, igualmente sucio. Levanta dificultosamente su cabeza y desconcertado ve su cuerpo brutalmente amputado, nada le duele. A la mente le vienen unas extrañas imágenes. Recuerda a aquellas personas enmascaradas y escucha nuevamente sus tétricos cantos con notas graves y apagadas, en un idioma que nunca en su vida había escuchado. El grito de sus hermanas, aquel desgarrador sonido que rasgaba su corazón, vuelve a sentirse en cada parte de su cuerpo. Siente un odio descomunal y esto de alguna manera logra materializarse.

Un apéndice rojizo similar a las vísceras se desprende de sus muñones abiertos. Aquella materia toma forma de múltiples y delgados tentáculos sangrientos que parecen tener vida propia. Le molesta y le escuece las zonas en las que brotan aquellas adherencias. Los tentáculos ondulan por el aire en busca de algo. Sea lo que sea, se halla debajo de Mario, pues allí es donde se dirigen. De pronto un desgarrador grito silencia el grotesco sonido viscoso de los tentáculos, y por sobre Mario se eleva Eduardo con su rodilla fracturada, desde allí un astilloso hueso partido sale al exterior, desgarrando ropa y piel.

—Eres el demonio y te dejamos vivir. Ellos te invocaron maldita sea. ¡En la noche de San Juan!!— Le grita Eduardo al joven, tratando de soltarse de aquellas prominencias. —Creíamos que ellos habían asesinado a tu familia, ¡Se lo merecen, son unos anormales!—.

Mario recuerda los hechos. En la tarde del mismo día, les habían secuestrado a su familia y a él. Se metieron a su casa unos enmascarados, armados y acechantes. Los drogaron y amarraron para asesinar así, frente de él, a cada integrante. Luego, procedieron con pesados mazos a romperle lentamente sus extremidades para llamar a la ambulancia y huir del siniestro. El paramédico prosiguió. —Nosotros vimos aquellas personas salir de tu hogar y desaparecer entre los pinos como si fueran espectros—.

Sin poder evitarlo, una de aquellas prominencias se eleva por sobre todas las demás, mientras otra le enrosca suavemente el cuello de Eduardo. Se

lo aprieta y extiende de tal manera que queda mirando hacia el techo con las fauces abiertas. Mario estaba consternado, no podía gritar, no podía hablar. Solo observar.

Rápidamente el tentáculo que está en lo alto baja directo a la cavidad bucal del paramédico, perforando así, su garganta y rompiendo tejidos hasta llegar a su corazón. Mario siente que el tentáculo abraza un órgano palpitante, lo exprime como a una fruta y obtiene lo que sería, el mismísimo elixir de la vida.

Observa al paramédico dar unos movimientos espasmódicos antes de que su último atisbo de vida se elevara por los aires y una vez que fallece aquel hombre, allí donde se hallan los muñones de Mario, una quemazón comienza a sentirse. Levanta su cabeza nuevamente y perplejo ve regenerarse sus piernas, tomando un color claro, sin vellosidades y con venas negras exageradamente marcadas.

Las prominencias aún culebream, pero solamente nacen de su brazo que todavía no se ha regenerado por completo. Se deslizan suavemente hacia abajo y Mario vuelve a percibir aquella extraña sensación, cálida y viscosa que termina en un fuerte apretón y un chasquido. Entonces, de la misma manera que lo hicieron sus piernas, el brazo izquierdo, comienza a regenerarse. Mario ahora está completo, pero solo físicamente, le falta...todo lo demás.

Sigue escuchando detrás el lamento apagado de alguien, pero al tratar de moverse le cuesta activar sus miembros. Al cabo de unos minutos se logra movilizar y lo primero que hace es sentarse sobre la camilla. De allí puede ver una sangrienta escena.

Los dos paramédicos en el suelo con sus bocas abiertas, fuente de sangre espesa. Tienen sus cuellos quebrados e hinchados en una posición grotescamente extendida.

—Esto es lo que eres ahora Mario—Le susurran desde el vacío.

—Un depurador, alimentante de sus miedos, de sus penas y amarguras y todos caerán ante ti—.

Suena tentador para él, que no tenía nada que perder

—Si al mundo lo creó Dios ¿Por qué está condenado a la destrucción?
¿Dónde estuvo él, al momento de morir tu familia? —

El dolor comienza a inundar la cordura de Mario ahogándose en su sufrimiento. La imagen de su madre aparece como un fantasma frente a él y el sentimiento de saber que nunca más la va a poder ver o tocar, le perfora los ojos, brotando de ellos, gruesas lagrimas tibias. Las últimas

lagrimas de su vida.

Trata de levantarse apoyándose con sus piernas e inmediatamente cae sobre el resbaloso suelo, observando muy cercanamente, las expresiones asustadas de aquellos paramédicos que irónicamente, dieron su vida para salvarlo a él. —Ayuda— Decía una voz quejándose. —Por favor, que alguien me ayude—. Evidentemente está sufriendo.

Lentamente Mario se levanta y sale de la ambulancia. Al rodearla, ve al conductor incrustado en las ramas de lo que era un viejo partido. El choque produjo que saliera eyectado, por lo que ahora las astillas y las ramas le perforan su torso y la mejilla izquierda, arrancándole la oreja desde su raíz..

—No temas— Le dice Mario sin sentir misericordia. —Es mejor dejar este mundo. Créeme, yo lo haría... si pudiera—

Entonces lo supo, consumir ahora era instintivo. Con un tono que no pareció ser suyo, le susurra.

—Estas muy malherido Duran- Sabe su nombre y todo de él.

—Te ayudaré para que no sufras— De su espalda se desprende un sangriento tentáculo y lo lleva directamente a la boca de su victima, obteniendo así en un segundo, aquél elixir tan vital y...exquisito. En contra de la vida se alimenta de ella. Mario no esta del todo vivo, pero sigue sintiendo placer, aunque su alma y cerebro funcionan ahora, de otra manera y se complace igualmente de modo diferente.

—Perfecto— Murmuran desde las profundidades del bosque.

— Adéntrate, tus seguidores te esperan. Ahora tienes una familia nueva. Ahora, tú eres mi hijo y mis seguidores, tus hermanos. Ve hacia el fuego, hijo mío—

Le dice el Diablo a Mario, este camina desnudo entre medio del bosque, como si fuera un espectro en la noche de San Juan. Las hogueras llamean como nunca. Y nunca más se volverán a apagar...